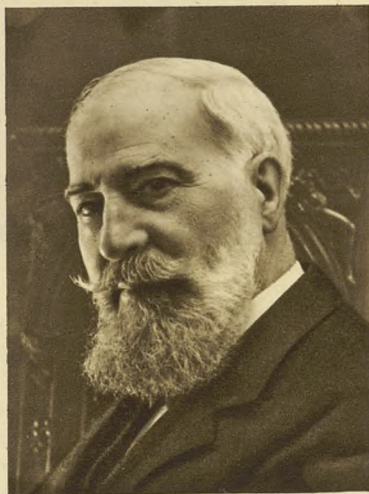




## LA FAMOSA COLECCION LAZARO LEGADA AL ESTADO ESPAÑOL

José Lázaro ha muerto. Al tiempo que con él pierde España una de las más claras personalidades del mundo artístico contemporáneo, gana definitivamente la obra extraordinaria, realmente ejemplar, que el cuidado y amor constantes de un hombre han conseguido a través de una dilatada vida. Al sorprenderle el aviso de la muerte, José Lázaro ha tenido el tiempo suficiente para redactar su generoso testamento. Han bastado unas líneas—pocas palabras eran precisas al final de tan grande empresa—para que nos dijera su última voluntad: su magnífica colección, así como el importe de su cuantiosa fortuna, han sido legados al Estado español. Se diría que había llegado al punto justo de su labor. Y la muerte no tuvo otra misión que rubricar, rápida, después de su larga espera, la vida impar de José Lázaro Galdiano.

Había nacido en Beire (Navarra) el 30 de enero de 1862. Sin otra fortuna que las de su ánimo y su vocación, Lázaro cursa las licenciaturas de Derecho y Filosofía y Letras. Cultiva después el periodismo, y pronto alterna su vida de publicista con la de los negocios y las finanzas. Sorprenden los puestos de responsabilidad que ocupa en plena juventud. Pero su carácter independiente y su portentoso caudal de iniciativas le impiden sujetarse a una monótona tarea profesional.



En 1889 funda y dirige una revista mensual de cultura, «La España Moderna». La revista consigue una vida espléndida y, a través de sus veintitantos años de publicación, desfilan por sus páginas los mejores escritores, profesores e investigadores de dentro y fuera de España. En ella colaboran Galdós, Emilia Pardo Bazán, Menéndez y Pelayo, Unamuno, Benavente, Campoamor, Núñez de Arce. Puntualmente aparece cada mes un número con más de 200 páginas, sirviendo de orientación al lector español y constituyéndose en índice atento de la cultura del mundo. De la revista ha dicho el maestro Eugenio d'Ors: «En su día lo que «La España Moderna» cumplió representaba la erección entre nosotros de un

verdadero monumento literario. Con una publicación de calidad, con una serie inestimable de volúmenes, se puso allí al alcance del lector español lo mejor de la literatura extranjera contemporánea. Allí pudo una generación aprender de Carlyle, de Tolstoi, de Ibsen o de Rudolf Eucken». Es curioso leer ahora en ese primer número de «La España Moderna», antes de un original de la Condesa de Pardo Bazán y unas *humoradas* de Campoamor, aquella cláusula que José Lázaro incluía en el manifiesto inicial: «La España Moderna» sólo publicará trabajos inéditos, escritos expresos para

Arriba: El Palacio del "Museo Lázaro", sito en Madrid, en las confluencias de las calles de Serrano y General Oraá.—En el centro: Retrato de D. José Lázaro.



Arriba: San Miguel y donadores.—Escuela española siglo XV.—A la derecha: Autorretrato de Berruguete. Siglo XV.—Abajo: Anverso de una medalla de Alfonso V de Aragón. Siglo XV.



Abajo: San Diego de Alcalá, por Zurbarán.—Abajo, a la derecha: Tintero gótico de plata dorada (Arte español). Siglo XV.



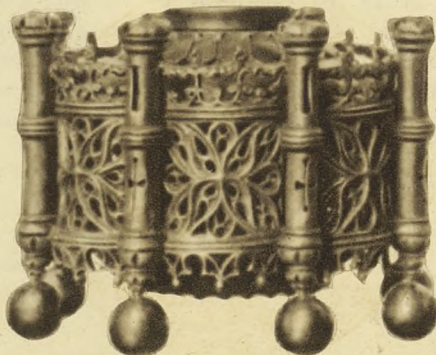
ella, vedándose a sí propia la inserción de texto inferior gratuito». Esta tajante observación da idea del espíritu de seriedad y responsabilidad literarias que iba a ordenar en la publicación.

Pero no acaba en esto la actividad de Lázaro en disciplinas ajenas a su objetivo principal de coleccionar obras de arte. Fundará y dirigirá la «Revista Internacional», «La Nueva Ciencia Jurídica» y la «Biblioteca de Jurisprudencia», en la que vieron la luz por primera vez en España los libros de Nietzsche, Schopenhauer, Taine, Spencer, Ruskin, etc., así como las ediciones de libros fundamentales de economía y finanzas. Su inteligencia y conocimiento de estas materias hacían que su criterio y dirección fueran valiosísimas para el feliz resultado de la empresa.

Pero acaso nada supone la labor antes señalada al lado de su esfuerzo constante, de su dedicación extraordinaria, aplicados a conseguir la colección de arte, particular, más importante del mundo.

Apenas tenía catorce años José Lázaro cuando adquirió la primera pieza de lo que iba a ser en nuestros días espléndido museo. Se trataba de una medalla de Pisanello, con la efigie de Alfonso V de Aragón. Y desde entonces, día a día, buscando sin cesar, comprando a cualquier precio, viajando por todo el mundo, el coleccionista fué enriqueciendo su tesoro para llegar a la maravilla que es hoy el parque «Florido» de Madrid.

El palacio está situado en los altos de la calle de Serrano, uno de los lugares más recogidos, silenciosos y típicos de Madrid. Aparece ahora semicerrado; clausuradas y selladas todas sus dependencias en espera de que el Estado español tome posesión del importante legado.





Arriba: San Francisco, por el Greco.—A la izquierda: Velázquez: retrato de su esposa.—Abajo: Reverso de la medalla de Alfonso V de Aragón.



Abajo: San Jerónimo. Anónimo español.— Abajo a la izquierda: Esmalte sobre una placa de oro nativo. Siglo XVI.

Más de sesenta salas guardan los tesoros del coleccionista. Estaba procediendo ahora, en las vísperas de su inesperada muerte, a la colocación definitiva de las piezas. Muchas veces, al preguntar cómo iba la labor, nos decía Antonio Rodríguez Moñino—secretario e inseparable colaborador de José Lázaro en esta minuciosa tarea—: «Bien, bien; pero despacio y con mucho detalle. Lázaro no quiere que su casa parezca un museo, que nada resulte frío y sistematizado». Y poco a poco el palacio, sin perder nada de su acogedora intimidad, iba cuajándose de riquezas y de sorpresas. El quería que la totalidad de su obra—había dispuesto ya traer todas las piezas de las colecciones que poseía en París y en Nueva York—apareciera en un momento determinado dispuesta y terminada, completa y redonda, como su propia vida, para hacer entrega de ella a España.

Se haría innumerable el repaso, aun superficial, del contenido de la colección, Hay más de quinientos cuadros. Entre ellos una magnífica colección de primitivos, otra de la escuela flamenca... De los españoles hay lienzos de Goya, del Greco, de Velázquez, de Lucas, de Francisco López, de Ribera, de Pantoja, de Zurbarán, de Alonso Cano, de Claudio Coello, de Alenza. De la pintura extranjera hay muestras de Tiépolo, Brueghel, Lawrence, Mengs, Metsis, entre otros, aparte de la famosa serie de los Turner, numerosa y única, sobre cuyo pintor hizo un trabajo interesantísimo José Lázaro pocos días antes de su muerte.

Hay en la colección hasta medio centenar de armaduras y más de cien espadas de primer orden, algunas cinceladas e incrustadas en metales preciosos. Abanicos de concha, marfil y oro; bordados y casullas, con varios cientos de





telas, algunas hispano-árabes de incalculable valor. Piezas de cerámica importantísimas: escudos nobiliarios, azulejos, emblemas, platos y frascos de botica del siglo XVI. Camafeos de ágata, y entre las numerosas piezas de orfebrería pueden contarse el cáliz del Gran Capitán, el Báculo de la Abadesa de Burgos, bandejas y copas valiosísimas, entre ellas una gran copa del Rey de Hungría, obra del siglo XV, y un vaso de oro que el archiduque Alberto regaló a Spínola con motivo de la rendición de Breda.

Entre los esmaltes hay doce bizantinos sobre placas de oro. A este respecto puede recordarse que en el Louvre no existe más que uno de esta clase, que además solamente tiene un centímetro de diámetro, cuando algunas de las piezas de la colección Lázaro alcanza un diámetro de 16 centímetros. Hay arquetas y sitiales de considerable valor; algunas puertas y arquimesas mudéjares y un escritorio de la mujer de Luis XV. Existen también libros y encuadernaciones de considerable importancia. Hay un libro de retratos, de Pacheco; dos ejemplares de la primer edición del Quijote, que forman a la cabeza de una interesante y numerosa serie de «duplicados», y un centenar de cartas autógrafas de Lope de Vega. Hay encuadernaciones de Limoges, otras en mosaico, inglesas, holandesas, italianas, mudéjares y persas.

Entre las esculturas hay una «Crucifixión» de Arfe, y tallas de Mena, Berruguete, etc. Hay valiosas muestras en hierros y cerrajería, y entre

las joyas: relicarios, amuletos y colgantes de gran mérito; marfiles, medallas, miniaturas, placas, relojes y sellos.

De la colección Lázaro ha dicho Luis Justi, Director del Museo de Arte Moderno de Berlín: «Descaría expresar mi profunda gratitud y mi mayor admiración no solamente por sus maravillosas colecciones sino también a quien ha sabido reunir las con sensibilidad exquisita y conocimiento insuperable».

El historiador Mayer: «Es más que única. ¿Cómo dudaría yo de que entre las colecciones particulares de todo el mundo será la suya la más notable?».

Luis Reau, de «La Gacete de Beaux Arts»: «Incluso en Madrid, donde la frecuente contemplación de las obras maestras del Museo del Prado aguza el espíritu crítico y hace los ojos más exigentes, la visita de la Colección que usted ha reunido en su bello palacio de la calle de Serrano, resulta una maravilla».

Otto Andrup, Director del Museo de Historia Nacional de Dinamarca: «Usted, señor Lázaro, con su energía, sus grandes conocimientos y sacrificios personales ha logrado cumplir una importante misión no solamente creando con la colección de su nombre un recuerdo de perpetuo honor para sí mismo, sino contribuyendo al mismo tiempo a fomentar la grandeza de la noble nación a que pertenece.»

En esta hora dorada de la tarde de invierno, cuando el sol se defiende todavía en la alta torre del Parque Florido, miramos a las ven-



tanás ciegas, a las vecindades del jardín desierto, a la última puerta que se cierra tras de nosotros. Para sujetarnos a la realidad buscamos entre las notas recientes un retrato de José Lázaro. Su aspecto patriarcal y solemne nos separa aún más del tiempo. ¿Caminaba, todavía hace poco, entre nosotros este hombre? ¿Eran de ayer aún su cuidado y su presencia? Pero más que su muerte, encontramos en su antigua mirada la razón de generosidad de toda una vida que ha sabido sin cesar hacerse luminosa y eterna.

J O S E G A R C I A N I E T O

Arriba, a la izquierda: El Emperador Lucio Vero. Mármol romano.—  
Arriba: Retrato de caballero. Escuela alemana. Siglo XVI.— Abajo:  
Abanico de concha rubia con incrustaciones de oro. Siglo XVII.

